



La imagen de Dios en *La cabaña*,
de Stuart Hazeldine

María González Escribano
Universidad de Alcalá

PLANTEAMIENTO

La cuestión de la representación de lo divino es algo que viene de lejos. Ya los santos padres discutían sobre ello: ¿es legítima la representación divina?, ¿por qué ese empeño del hombre en representar artísticamente a la divinidad?, ¿cómo podemos representar a Dios como un padre, un anciano con barba, y al Espíritu Santo como una paloma?, ¿se puede representar antropomórficamente a las otras dos personas de la Trinidad?, ¿cuál es su alcance y legitimidad?

Podemos decir que el ser humano tiene la necesidad de representar a la divinidad para hacerla más asequible, puesto que, cuando uno conoce de alguna manera algo, puede entrar en el trato con él; en ese caso, la representación de Dios, de la Trinidad, es una ayuda, nos acerca a Dios. Este tema podremos desarrollarlo con más detenimiento un poco más adelante. Por ahora, nos centraremos en cómo esta representación antropomórfica de la Trinidad que nos ofrece la película de *La cabaña* se adapta a las descripciones que encontramos en la Sagrada Escritura. Aunque también señalaré algunos errores que se ponen de manifiesto.

Para situarnos, nuestro protagonista, Mack, sufrió durante su infancia los malos tratos de su padre, además de ver cómo hacía lo mismo con su madre. Pero lo que lo lleva a la situación en la que se produce el encuentro con la Trinidad es el secuestro y asesinato de su hija pequeña, Missy. Mack se hunde en la tristeza y se convierte en un *muerto en vida*, entra en una profunda crisis de fe. En este momento, nuestro protagonista recibe una invitación, firmada por

«papá» —así se dirige a Dios su esposa, Nan—, a encontrarse en una cabaña, lugar donde hallaron los restos del asesinato de su hija.

Mack se encuentra con la Trinidad representada antropomórficamente por una mujer de raza negra, que es Dios Padre; un joven de apariencia palestina, que es el Hijo, y una mujer joven de rasgos asiáticos, Ruah, que es el Espíritu Santo. Si hace algo bien la escena de la película en la que se presenta a cada persona de la Trinidad es que deja bien claro el misterio de que la Trinidad son tres personas y un solo Dios cuando todos responden a la vez «Yo soy» a la pregunta de Mack sobre quién de todos es Dios. En el punto 253 del Catecismo de la Iglesia se explica el dogma de la Santísima Trinidad:

La Trinidad es una. No confesamos tres dioses sino un solo Dios en tres personas: «La Trinidad consubstancial». Las personas divinas no se reparten la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios: «El Padre es lo mismo que es el Hijo, el Hijo es lo mismo que es el Padre, el Padre y el Hijo lo mismo que el Espíritu Santo, es decir, un solo Dios por naturaleza». «Cada una de las tres personas es esta realidad, es decir, la substancia, la esencia o la naturaleza divina» (CIC, 253).

ANÁLISIS

A continuación, realizaré un análisis de cada persona intentando recoger un buen número de ejemplos para los casos más polémicos, como son los del Padre y el Espíritu Santo, ya que la representación humana de Jesucristo es razonable y legítima, puesto que se encarnó y tomó nuestra naturaleza. Observando a cada persona en concreto, podemos ver:

DIOS PADRE

Aparece representado con características antropomórficas en la Biblia con mucha frecuencia. En el Antiguo Testamento, encontramos gran variedad de rasgos con los que se describe a Dios con atributos humanos. En los Salmos se utiliza este recurso abundantemente; así, se habla del rostro de Dios, de sus manos, sus dedos, ojos, oídos... «Tu rostro, Señor, buscaré. No me escondas tu rostro» (Sal 27:8, Biblia de Jerusalén), «Los ojos del Señor están pendientes de los justos, sus oídos atentos a su clamor» (Sal 34:16, Biblia de Jerusalén) o «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos» (Sal 8:4, Biblia de Jerusalén).

En otros libros encontramos más referencias, como en Isaías: «Mirad que no se ha acortado la mano del Señor para salvar, ni se ha endurecido su oído

para oír» (Is 59:1, Biblia de Jerusalén); en Job: «¿Tienes tú un brazo como el de Dios?» (Jb 40:9, Biblia de Jerusalén), y, una especial mención al corazón como sede del amor y de los sentimientos, en el Génesis, donde vemos como, al contemplar el pecado del hombre, Dios «se entristeció en el corazón» (Gen 6:6, Biblia de Jerusalén).

El uso de este lenguaje no nos sorprende, pero lo que sí nos choca en la película es que Dios Padre aparezca como una mujer. Esto tiene una explicación; no es una simple transgresión modernista y sin sentido. Mack sufrió abusos y malos tratos por parte de su padre y esto le imposibilita tener una relación con Dios como Padre hasta que esa herida no sea sanada. El mismo Mack se sorprende al encontrarse con Dios Padre en un cuerpo de mujer, ya que esperaba que fuera un viejo con barba, acostumbrado a las representaciones artísticas que nos acompañan históricamente.

Aparte de esta explicación para representar a Dios como madre, en la Sagrada Escritura encontramos, no pocas veces, referencias a Dios con rasgos y características de una madre. En el diario *Avvenire*, en el 2005, Gianfranco Ravasi, cardenal y exégeta, nos dice que en la Biblia hay, aproximadamente, sesenta adjetivos de Dios en femenino, en referencia a la maternidad de Dios, y en más de doscientas sesenta veces se habla de las *entrañas maternales* de Dios. Respecto a esto, Benedicto XVI, en el libro *Dios y el mundo* (2005), dialoga ampliamente sobre la cuestión de Dios: «¿Dios es hombre o mujer?», se titula el apartado. A lo que Benedicto XVI responde: «Dios es Dios. No es ni hombre ni mujer, sino que es Dios por encima de todo. Es la Alteridad Absoluta. [...] las potencialidades de ambos están contenidas en Él» (Ratzinger, 2005). Y continúa:

La Biblia utiliza en la oración la imagen del padre y no de la madre, pero en las imágenes *sobre* Dios siempre le ha añadido atributos femeninos. Por ejemplo: cuando se habla de la «compasión» de Dios en el Antiguo Testamento, no se menciona el vocablo abstracto «compasión», sino un término corporal, *Rachamin*, el «seno materno» de Dios, que representa la compasión. El significado espiritual de esta palabra simboliza también la maternidad divina. [...] Hombre y mujer proceden de Él, que los creó a ambos. En consecuencia, ambos están en Él, y sin embargo Él está al mismo tiempo por encima de ambos (Ratzinger, 2005).

Así, en la Palabra de Dios nos encontramos con muestras de ese *rachamin* 'amor maternal de Dios', que se traduce por *misericordia*: «Pero Tú, Señor; Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera, lleno de amor y fidelidad» (Sal 86:15, Biblia de Jerusalén); otras veces se traduce por *entrañas*, como vemos en Jeremías: «Por eso se conmueven mis entrañas. Siempre me apiadaré de él» (Jr 31:20, Biblia de Jerusalén).

No solo aparece como *rachamin* el amor maternal de Dios en la Biblia, sino más directamente hablando de él como madre. Aquí unos ejemplos, del profeta Isaías: «¿Acaso olvida una mujer a su niño, sin dolerse del hijo de sus entrañas? Pues, aunque esas personas se olvidasen, Yo jamás te olvidaría» (Is 49:15, Biblia de Jerusalén); «Como uno a quien su madre consuela, así Yo os consolaré» (Is 66:13, Biblia de Jerusalén). Sin olvidarnos del famoso salmo 131 sobre la confianza en Dios: «Mi corazón, Yahvé, no es engreído, ni son mis ojos altaneros. No doy vía libre a la grandeza, ni a prodigios que me superan. No, me mantengo en paz y silencio, como niño en el regazo materno. ¡Mi deseo no supera al de un niño!» (Sal 131, Biblia de Jerusalén).

Más adelante, Dios aparecerá como padre, y no como madre, una vez que Mack haya sanado su herida. Este cambio se debe a que Mack se tiene que enfrentar al entierro simbólico de su hija, y Dios le explica ese cambio diciéndole: «Para lo que tenemos que hacer hoy vas a necesitar un padre», refiriéndose tanto al entierro como la liberación del odio que guarda al asesino de su hija, Missy.

Ravasi (2010), de nuevo, en su libro *Cuestiones de fe*, explica: «Por tanto, es legítimo hablar de una dimensión 'materna' de Dios, pero recordando que se trata siempre de un antropomorfismo, de un símbolo, como el paterno, para expresar el inefable misterio divino y para representar la realidad del Desconocido».

Dios HIJO

Jesucristo, segunda persona de la Trinidad, aparece como un hombre joven, podríamos suponer que, de unos treinta y tres años, carpintero, con su personalidad atrayente, ayudando a superar las dificultades de la vida e invitando a la confianza. Pocas pegadas se pueden poner a la representación antropomórfica de Jesús, puesto que se encarnó y tomó nuestra naturaleza humana. Siendo estrictos, esta sería la única representación antropomórfica legítima de las personas de la Trinidad, pues, como dice san Pablo, «Él es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación» (Col 1:15, Biblia de Jerusalén). Pero sí podemos hacer una crítica negativa al discurso que hace sobre las religiones, en la cual las equipara a todas y, además, desapueba las mediaciones entre Dios y los hombres y, por ende, a la Iglesia misma. Con las representaciones de Jesús siempre se corren riesgos y es fácil caer en interpretaciones personalistas que olvidan los evangelios, como dice Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret*:

Desde el revolucionario antirromano que luchaba por derrocar a los poderes establecidos y, naturalmente, fracasa, hasta el moralista benigno que todo lo aprueba y que, incomprensiblemente, termina por causar su propia ruina. Quien lee una tras otra algunas de estas reconstrucciones puede comprobar ensegui-

da que son más una fotografía de sus autores y de sus propios ideales que un poner al descubierto un icono que se había desdibujado. Por eso ha aumentado entretanto la desconfianza ante estas imágenes de Jesús (Ratzinger, 2007).

DIOS ESPÍRITU SANTO

Al igual que con Dios Padre, nos volvemos a encontrar con la representación antropomórfica femenina, en este caso de la tercera persona de la Trinidad, una mujer de rasgos orientales. En la película recibe el nombre de Ruah, que significa 'espíritu' en hebreo. Las actitudes que vemos en este personaje son las propias del Espíritu Santo. Jesús, en el discurso de despedida en la última cena, se refiere al Espíritu Santo de la siguiente forma: «El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo» (Jn 14:26, Biblia de Jerusalén); Paráclito, que viene a significar 'el consolador'. En la película, vemos cómo el personaje aparece recogiendo las lágrimas de Mack y guardándolas en un pequeño frasco como si fueran un auténtico tesoro. Más tarde, regará con ellas un jardín, lo que nos recuerda a la secuencia de Pentecostés, que, aunque no está en las Escrituras, es el himno más antiguo que se conoce al Espíritu Santo y describe las actitudes que se ven en el personaje que lo simboliza: «Fuente del mayor consuelo; dulce huésped del alma; descanso de nuestro esfuerzo; gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos» o «Riega la tierra en sequía», como encargada del jardín.

Al ser lo más llamativo visualmente que, en la Trinidad, el Padre y el Espíritu Santo estén representados por dos mujeres, lo que puede generar un cierto rechazo en el espectador, podemos entender de alguna manera que no está hecho con la intención de polemizar; además, uno puede pensar que tanto el Padre como el Espíritu son libres de manifestarse en la forma que quieran, como es el caso de la teofanía de la zarza ardiente o el Espíritu Santo en forma de paloma en el bautismo de Jesús en el Jordán.

LEGITIMIDAD EN LA REPRESENTACIÓN

Entrando en el tema de la legitimidad de la representación antropomórfica de la Trinidad, podemos decir que, si nos paramos a pensar, cuando nos disponemos a hablar de Dios, los conceptos que le aplicamos son siempre antropomorfos, ya que nos movemos en categorías humanas. Incluso los conceptos metafísicos están limitados por nuestro lenguaje. Es por esto por lo que santo Tomás de Aquino nos propone el recurso de la analogía. La mejor forma de conocer y asimilar lo espiritual al conocimiento es por analogía. Entendiendo por analogía la relación de semejanza entre cosas distintas o, según el *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española, «el razonamiento basado en la exis-

tencia de atributos semejantes en seres o cosas diferentes». Por lo tanto, nos encontramos ante un conocimiento indirecto y trascendente. Cuando aplicamos a Dios formas y sentimientos humanos, lo hacemos cercano; así podemos dirigirnos a Él para suplicarle, pedirle perdón, agradecerle y alabarlo. El santo observa esto y afirma lo siguiente:

Las palabras se pronuncian para dar significado a las cosas a través de la concepción del entendimiento. Así, pues, lo que puede ser conocido por nosotros con el entendimiento, puede recibir nombre por nuestra parte. Ha quedado demostrado que en esta vida Dios no puede ser visto en su esencia; pero puede ser conocido a partir de las criaturas como principio suyo, por vía de excelencia y remoción (Aquino, 2012, cap. 13, art. 1).

El hombre tiene la necesidad de asimilar lo conocido a lo desconocido, por eso el conocimiento por analogía parte de un conocimiento interno del ser humano, de sus comportamientos, que, al compararlos con Dios, se entiende lo que Dios no es. Se trata de un conocimiento indirecto y trascendente, pues Dios «lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo» (Ef 4:6, Biblia de Jerusalén), como dice san Pablo.

Por lo tanto, podemos considerar que los antropomorfismos, en toda su representación, no ejercen como obstáculo para la trascendencia divina, sino que nos hacen más conscientes de la distancia que existe entre Dios y el hombre, ya que comprendemos que Dios escapa de todas nuestras categorías, pero, a la vez, sabemos que Dios es cercano al hombre. No deja de encontrarse en esto una cierta paradoja: un Dios que lo trasciende todo, del que digamos lo que digamos nunca podremos hacerle justicia, pero a la vez cercano, pues se ha autorrevelado a la humanidad.

Se puede decir que la película, al hacer uso de esta representación, puede tener un efecto positivo en el espectador, en especial en el no creyente o en el que se encuentra alejado o dubitativo, ya que rompe los esquemas de la representación habitual y nos muestra la cercanía y el amor de Dios, un Dios que te conoce personalmente y te ama. El problema que encuentro es que necesitaría de una buena explicación teológica y crítica, debido a su simbolismo y a algunos discursos un tanto confusos como hemos podido observar.

CONCLUSIÓN

Podemos concluir que la representación artística de la Trinidad de manera antropomórfica es legítima en cuanto a que facilita la comprensión y la relación del hombre con Dios, uno y trino.

Santo Tomás de Aquino apoya su discurso sobre la analogía con relación al conocimiento de Dios como un recurso y también como una ayuda que posibilita la comprensión de las verdades de la fe. Es una manera de elaborar un discurso teológico consciente de sus limitaciones, pues «es imposible que un entendimiento creado por su capacidad natural vea la esencia de Dios, pues el conocimiento se realiza según el modo como lo conocido está en el que conoce. Y lo conocido está en el que conoce según su modo de conocer» (Aquino, 2012, cap. 12, art. 4). Además, santo Tomás hace una mención especial al conocimiento de Dios que se da por gracia de Dios frente al que se consigue por la razón natural, de los cuales es más profundo y perfecto el primero:

Por gracia tenemos un conocimiento de Dios más perfecto que el tenido por razón natural. Se demuestra por lo siguiente: El conocimiento que tenemos por razón natural requiere dos elementos: las imágenes que se toman de lo sensible, y la luz natural inteligible con cuyo poder abstraemos de aquello los conceptos. En ambos elementos el conocimiento humano es ayudado por la revelación de la gracia. Por una parte, la luz natural del entendimiento es fortalecida con la infusión de la luz de la gracia (Aquino, 2012, cap. 12, art. 13).

Luego, las faltas y distancias en las que se incurre al realizar esta representación de la divinidad tal y como se hace en la película se superan mediante la reflexión y el conocimiento de la doctrina y la tradición de la Iglesia católica. Una vez se haya producido ese encuentro personal con Dios, nos moverá al deseo del conocimiento de la verdad; esto es, a profundizar en la doctrina de la fe y en la amistad con Dios para que, además, nos ilumine con su gracia y alcancemos un conocimiento más perfecto, como advierte santo Tomás. Lo que queda claro es que esta representación es solo un medio, y no un fin, pues, como afirma Benedicto XVI, «Dios desea siempre lo trascendente» (Ratzinger, 2005).

BIBLIOGRAFÍA

- Aquino, T. (2012). *Suma Teológica I*. Recuperado de <http://hcg.com.ar/sumat/>
- Iglesia católica (1992). *Catecismo de la Iglesia católica*. Madrid: Asociación de Editores del Catecismo.
- Ratzinger, J. (2005). *Dios y el mundo*. Barcelona: Random House Mondadori.
- (2007). *Jesús de Nazaret*. Madrid: La esfera de los libros.
- Ravasi, G. (2011). *Cuestiones de fe*. Navarra: Verbo Divino.
- Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (22.a ed.). Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>